

¡Basta! Si tienes algo que decir y se lo dices, ellos lo traducirán de doce maneras diferentes, y como la luz una y blanca, refractada en el prisma en los colores varios de la irisación, se reconstituye de nuevo en su blancura, así recobrará al cabo tu pensamiento su blancura en el espíritu colectivo, y dejarás tu gota en el inmenso océano de la vida. Dé cada cual su nota propia, según su propia y peculiar estructura; lo que de ella concuerde con la dominante melodía, en ésta se perderá reforzándola, y lo que no, irá al fondo in-exhausto de los armónicos, discordantes entre sí muchos. ¡Nada de canto monofónico!

De lo que hay que huir es de la insinceridad y de la mentira. Si sientes que algo te escarabajea dentro pidiéndote libertad, abre el chorro y déjalo correr tal y como brote. Que hagan de filtro los que te escuchen o te lean. Y si alguien te atribuyere a *pose*, o creyere que no eres dueño de ti mismo; ten piedad de él, porque tienen ojos y no ven.

Enero de 1903.

VIEJOS Y JÓVENES

PROLEGÓMENOS

LAS consideraciones que voy a exponer en estas líneas son tan vulgares y tan obvias, que entran de lleno en el campo de las verdades de Pero Grullo. Mas he de repetir aquí por centésima vez —y espero no sea la última— lo que he dicho lo menos noventa y nueve veces, y es, que conviene refrescar lo que de puro sabido se olvida, y que el repensar los lugares comunes es el mejor medio que tenemos para librarnos de su maleficio.

Me propongo hacer algunas reflexiones respecto al principio de que la principal causa del progreso es el hecho de que los hombres nazcan, crezcan, se reproduzcan y mueran; que a la sucesión de individuos diversos se debe el progreso de la especie.

Dicho esto así aparece, desde luego, como una proposición casi ridícula, pero tal vez no lo parezca tanto si le doy otra forma.

Si suponemos que los hombres todos que hoy existen se quedan, por estupenda violación de las leyes todas que rigen nuestra vida, plantados en la edad que al presente tengan y que dentro de esa edad continúan viviendo, aprendiendo y obrando —aunque esto implique una contradicción— muy pronto se estancaría todo progreso y caería la sociedad en una rutina y una estabilidad de muerte.

Se habla mucho del medio social, y con frecuencia al tratar acerca de él se trata como si ese medio, como si la sociedad, fuese otra cosa que no el conjunto de individuos que la forman, y como si estos individuos no se sucediesen los unos a los otros. Ante el hecho de que el regimiento continúe, mientras unos soldados se vuelvan a sus casas con la licencia absoluta y entren quintos nuevos a sustituirlos, se olvida lo que para el regimiento y su vida colectiva significa ese trasiego de soldados.

Suele hablarse del efecto de la masa, de la *foule*, como de algo distinto del efecto de la suma de las unidades que la componen, y aunque una combinación no sea ni una mezcla ni menos una mera adición de unidades, no por eso deja de ser la acción de la masa acción de todos y cada uno de sus elementos.

Veamos lo que en el proceso de una lengua ocurre y cómo dicho proceso se debe a la sucesión de individuos diferentes que hablen la tal lengua.

Hubo un tiempo en que el predominio de lo que se llamó positivismo en las ciencias fisico-químicas y naturales, de las explicaciones mecanicistas, se tradujo en lingüística por el predominio del *foneticismo*. Todas las transformaciones de los vocablos en el curso del tiempo se pretendía atribuirles a causas estrictamente fonéticas, a la mayor facilidad o rapidez en la pronunciación, y basar la fonética experimental, la que del estudio de la historia de las lenguas se deduce, en la llamada fonética fisiológica, la cual a su vez se reduce a pura mecánica.

La ley general fonética, se decía, es la ley general de la economía del esfuerzo, la ley de la línea de la menor resistencia. Todos tendemos a hablar con la mayor rapidez y el menor esfuerzo posible, sin que haya más límite a esto, sino el de que se nos entienda. Y así el hecho de que *tan* y *poco* den *tampoco*, cambiando la nasal dental n, ante la explosiva labial p, en la nasal labial m se

debe pura y sencillamente a economía de esfuerzo; pues hablando corrientemente y sin afectación, coinciden el momento de la articulación de la n y el de la preparación de la p cerrando la boca, y la lengua acaba por caer de la articulación nasal n, pronunciándose así la m al cerrar la boca y la p al abrirla. Y como éste podrían citarse otros muchos casos. Y se llegó a suponer por algunos que cabía trazar entre un vocablo latino, sea, por ejemplo, *altero*, y su derivado castellano, *otro*, una serie de formas sin transición entre unas y otras; que la serie era continua y sin soluciones de continuidad.

Muy pronto se corrigió este rígido foneticismo, que llegó a los excesos todos a que el mecanicismo llegó en otras ciencias, y se hizo ver la grandísima importancia que en la evolución lingüística tiene el principio llamado de analogía, principio de origen más psíquico que estrictamente fisiológico (en cuanto cabe separar estos dos campos). Así, por ejemplo, el que en ciertas regiones de España se le llame al seminario *desaminario*, no procede de cambio fonético alguno, sino de figurarse los que hablan que el seminario se llama así, por ser lugar en que se *desamina* o examina. De igual modo, las eses finales de los nombres *lunes* y *miércoles*, deri-

vados de los genitivos latinos *lunæ* y *mercurii*¹, no obedecen a razón alguna fonética, sino que se han corrido a estos dos nombres de los otros tres análogos, *martes*, *jueves* y *viernes* en que son etimológicas como derivados que son éstos de los genitivos latinos *martis*, *jovis* y *veneris*. Recientemente se ha dado una importancia acaso excesiva al principio de analogía, por natural reacción contra los excesos del mecanicismo fonético.

Pero es otro el error del foneticismo en que quiero ahora ocuparme aquí, y es el de suponer que la serie evolutiva es continua y que apenas se den soluciones de continuidad. Desde luego los fenómenos de metátesis o trasposición exigen un salto; entre *oblitare* y *olvidar* no cabe tér-

¹ Los nombres de la semana son casi los únicos nombres que tenemos en castellano derivados de genitivos, y es que están por *dies lunæ*, día de la luna, *dies martis*, día de Marte, etc. Esto se ve bien en francés, italiano y catalán, en que conservan el *dies*, día así: *lun-di*, *mar-di*, *mercre-di*, etc., en francés; *lune-di*, *mar-te-di*, *mercole-di*, etc., en italiano; *di-lluns*, *di-mars*, *di-mecre*, etc., en catalán. Por cierto el catalán nos ofrece un curiosísimo caso de analogía en su nombre del domingo *diuenge*, en que el cambio de la o del latín *domínica* en iu no se debe a razón fonética, pues por ella sería *dumenge*, sino a la atracción de la serie *di-lluns*, *di-mars*, *di-mecre*, *di-jous*, etc., que ha introducido la i del *di*, donde por fonética no cabe.

34113

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MÉXICO

mino transicional. Entre que esté delante la b y detrás la l, o ésta delante y aquélla detrás, no hay término medio.

No sé de ningún lingüista serio que cayese en el groserísimo error de suponer semejante continuidad en el proceso de cambio; pero era frecuente tratar este proceso como si los cambios fuesen de origen estrictamente fonético y se debieran a adaptación cada vez más rápida y fácil del aparato vocal.

Ahora bien; la experiencia nos enseña que los más de los cambios son de origen tanto acústico como fonético, que obedecen en parte a que no se acierta a reproducir un sonido que se oye, pero en parte a que no lo oye uno bien, y que los tales cambios se verifican al pasar el lenguaje de un individuo a otro, al reproducir uno por primera vez sonidos que ha oído a otros, a sus padres por lo común. Y así puede decirse que si un individuo viviese dos mil años, por su parte no cambiaría su lenguaje, hablándolo al llegar a los dos mil casi como lo hablaba al cumplir los veinte.

Uno de mis hijos llamaba, cuando empezaba a hablar, al caballo, *pacayo*, y a la mantequilla *pacaniya*, a la vez que propendía a cierta metátesis, como decir *posha* por *sopa*, *poca* por *copa*, etcétera. Entre «caballo» y *pacayo* no hubo nun-

ca para él transición alguna, sino que desde la primera vez le llamó *pacayo* oyéndolo llamar «caballo». Y que lo oía bien lo prueba el que si yo le llamaba al «caballo» como él, *pacayo*, protestaba al punto, exclamando: *pacayo no! no!* Y aquí quiero repetir de paso lo que se ha advertido ya a ciertos padres, y es lo torpe que es el que adopten para hablar con sus hijos pequeñitos, cuando éstos están rompiendo a hacerlo, su lenguaje infantil, estropajoso y balbuciente, como si así hubieran de entenderles mejor; torpeza no menor que la de chapurrar el castellano cuando le hablamos en él a un extranjero que lo chapurra.

Figurémonos ahora que mi hijo no vuelve a oír nombrar al caballo y no tiene ocasión de corregir su defectuosa voz de *pacayo*, y que emigra y crea en país extraño una colonia de lengua castellana y lleva a ella su voz *pacayo*, y ésta se extiende y perpetúa. Aquí tenemos una variación dialectal debida a una diferencia puramente individual.

Y este modo de producirse las variedades dialectales no es una mera suposición, sino que explica muchas de ellas.

En una casería próxima a Vergara hubo en un tiempo un sujeto a quien conocían en su casa por *Perregilondo*, y este pasaba por ser su nombre

de pila. En cierta ocasión hubo que ponerlo en claro y resultó llamarse oficialmente Hermenegildo, santo patrono del día en que naciera. Y fué que al ir a bautizarlo manifestaron su padre y padrinos el deseo de llamarlo con el nombre del santo del día y el cura les leyó «Hermenegildo», y ellos desde luego lo reprodujeron *Perregilondo*, y con *Perregilondo* se quedó el niño. No hubo proceso alguno entre uno y otro nombre. Y no pocas variaciones de nombres propios no tienen otro origen ¹.

Todo lo cual pone de manifiesto el gran papel que en los cambios del lenguaje juegan los individuos y el mero hecho de que se sucedan unos a otros, siendo entre sí diferentes. ¿Por qué mi hijo convertía al «caballo» en *pacayo* y otro niño lo convierte en otra denominación que se parezca poco a ésta? He aquí una cosa que me parece poco menos que imposible de averiguar.

El fenómeno apuntado nos muestra cómo hay procesos al parecer continuos que son debidos a

¹ Nada cambia tan fácilmente como los nombres de personas y de lugares, y en pocos juega tanto la analogía. Así, v. g., en esta provincia de Salamanca no escasean las *Luzdivinas*, nombre que nada tiene que ver ni con la luz ni con la divinidad, sino que procede de la santa flamenca Santa *Lidwine* de Schiedam, cuya adaptación al castellano es *Liduvina*, de lo que han hecho *Ludivina* y luego *Luzdivina*.

verdaderas discontinuidades, a saltos que se verifican entre los últimos elementos irreductibles: los individuos. En Sociología es muy poco aplicable la teoría de las fluxiones y aun la de los diferenciales o infinitamente pequeños encuentra difícil aplicación. Porque el hecho de que entre un hombre nuevo en la sociedad es una cosa de más bulto que lo que parece. Hay que tomar con mucha cautela y con no pocas restricciones aquello de que *natura non facit saltus*, porque la naturaleza da saltos, y a las veces mortales. Díganlo si no los habitantes de la Martinica o el desgraciado que nace con tres piernas.

Todo esto se ha expuesto en una u otra forma cien veces, y por cien diversos escritores; pero no está de más que lo vuelva a exponer yo por la vez ciento una. Estoy leyendo precisamente los preciosos ensayos que componen el libro del norte americano William James, titulado *The will to believe and other essays in popular philosophy*, y hay uno de ellos, sobre los grandes hombres y su ambiente (*Great Men and their Environment*), en que insiste, por su parte, sobre el hecho de que si bien la selección y la adaptación al medio conservan o destruyen las variaciones accidentales, no las producen. El mismo Darwin puso a un lado las causas de producción

bajo el título de «tendencias a variación espontánea» y relegándolas al ciclo fisiológico, fijó su atención en las causas de conservación, y bajo los nombres de selección natural y selección sexual las estudió exclusivamente como funciones del ciclo del ambiente.

En lo social esto es de grandísima influencia, y aunque todo lo que voy exponiendo sea el a b c de quienes se dediquen a estudios sociológicos, es el caso que lo vemos olvidado con frecuencia. Se tiene muy poco en cuenta el hecho de que cada día se mueran hombres y que nazcan cada día otros diferentes, por pequeña que la diferencia sea, de los que viven y de los que han muerto.

Y así resulta que se suele discutir si la historia la hacen las muchedumbres o los grandes hombres, cuando en realidad la hacen los hombres todos, grandes y chicos, en mayor proporción unos que otros.

¡Parece imposible! ¡cuántas cuestiones de que se habla ganarían en claridad si se tuviese en cuenta eso de que cada año nazcan y mueran hombres! Es un hecho de experiencia, que me creo relegado del deber de probarlo con estadísticas, el de que cada año salen en España muchos

hombres de sus sesenta años de edad, entrando en el sexagésimo primero, y que entran muchos más en sus cuarenta, saliendo de su trigésimo noveno. Y este comprobado fenómeno explica en mucha parte muchas cosas a las que se les busca otras explicaciones.

Yo apenas creo que cambien las ideas y los sentimientos de un pueblo, si con esto queremos decir que los mismos que antes pensaban o sentían de una manera vengán a pensar y sentir, de repente o todo lo poco a poco que se quiera, de otra manera distinta. En cada época dan el tono dominante a una sociedad en cuanto a sus ideas y sentimientos los hombres comprendidos entre tales y cuales edades, sea por ejemplo entre cuarenta y sesenta años. Claro está que esto no puede tomarse al pie de la letra y que entre esos hombres directivos, cuya opinión y actos pesan, puede haberlos que no han cumplido aún los cuarenta o que cumplieron ya los sesenta; pero entre esas dos edades —o entre otras dos cualesquiera— están comprendidos los más de ellos. Y he escogido esas dos edades y no otras, porque aquí, en España, creo que, desgraciadamente, se acerca esto más a la verdad que señalarlas entre treinta y cincuenta o entre veinte y cincuenta.

Cada año entran miles de jóvenes en su mayor

edad para la plena posesión de los derechos civiles o para el derecho de sufragio, y cada año entran cientos de jóvenes en la plena eficacia de su acción social pública.

Aplíquese esta consideración de una vulgaridad apabullante a cien casos, y se verá lo que nos da. Aplíquesela, por ejemplo, a la sustitución de unos prestigios políticos, literarios, artísticos, etc., por otros. Yo entré en la edad de mi plena razón, en la edad en que empecé a darme cuenta de lo que ocurría en torno mío en España, cuando empezaba a formarse el prestigio del político A y del literato B, y estos prestigios se han formado paralelamente conmigo. Me es, pues, muy difícil, y me atrevo a decir que casi imposible, considerar al político A y al literato B como lo considerarán los muchachos que tienen ahora veinte años. Pero grulesca patochada es ésta que están hartos de saber el político A y el literato B y que, sin embargo, es como si no las supieran y en la cual, en el fondo, no creen.

Y he aquí que llego por fin ¡gracias a Dios!, a una proposición que parezca paradójica. En efecto, ni el político A, ni el literato B, *creen* que nacen todos los años hombres diferentes de los que todos los años mueren y siguen viviendo; ni el político A, ni el literato B *creen*, aunque lo sepan,

que la masa social está en perpetua renovación. Porque, ¿qué es creer una cosa?

Si uno me dice que cree que hay habitantes en Saturno, le preguntaré al punto qué cosas de las que hace o pueda hacer dejaría de hacer en el caso de que no hubiese en Saturno habitantes, o qué cosas de las que no hace haría en tal caso, y si me contesta que para él todo continuaría lo mismo, le replicaré que ni eso es creer que haya habitantes en Saturno, ni cosa parecida. Este criterio, que lo he aprendido del ya citado William James, me parece acertadísimo. Y con ese criterio afirmo que ni el político A, ni el literato B *creen*, aunque lo sepan, que todos los días nacen hombres nuevos y mueren hombres usados en España. Si se creyera esto de verdad no se daría, v. gr., el caso disparatadísimo y absurdo de que para rejuvenecer a un partido gastado y deshecho, se encargue de que redacte un programa para el mismo a uno de sus miembros más antiguos, porque los viejos, por mucho talento que tengan y por muy grande que sea su buena voluntad, no saben lo que quieren los jóvenes ni pueden entenderlos.

Es un hecho de observación diaria y corriente, y que todos hemos podido comprobar, el de que los hombres que se encuentran hoy en la edad viril, fueron hace años jóvenes, y los que hoy son

viejos, fueron hombres de edad viril; de donde deducimos, basados en nuestra fe en la inmutabilidad de las que llamamos leyes naturales, que los jóvenes de hoy llegarán, si antes no se mueren, a la edad viril, y los hombres de edad viril de hoy se harán con el tiempo viejos, si viven.

Y, sin embargo, hay ocasiones en que parece que esto no es más que una enorme ilusión, un engaño en que nos hace caer el Poder Supremo. Y lo indudable es que, como de la generación anterior a la nuestra, no hemos conocido más que a adultos y ancianos, y de la que nos sigue no conocemos más que jóvenes y niños, propendemos a creer que antes eran los hombres más maduros, que nuestros abuelos nacieron viejos y que nuestros nietos se morirán niños. Y lo que aseguro es, que creo tan difícil que un joven y un viejo se entiendan de verdad, como creo difícil el que un sano y un enfermo se entiendan respecto a la salud, o respecto a las riquezas un rico y un pobre. De cada cien veces que un viejo dice que también él fué, allá en sus tiempos, joven, se equivoca las noventa y nueve.

Ya sé que muchos de mis lectores dirán que me dejo llevar de mi afición a la paradoja y que procuro ser más ingenioso y divertido que exacto y profundo; pero les juro que se equivocan de me-

dio a medio, y que si estas son paradojas lo son de Pero Grullo, de quien me consta de buena tinta que también se dedicaba a ellas.

Por lo menos me concederán esos descontentadizos lectores que del hecho de que un anciano que hoy tenga setenta y seis años tuviera treinta hace cuarenta y seis, no se deduce, ni mucho menos, que pueda suponerse teniendo hoy treinta, y mucho menos que sea capaz de formarse idea de cómo piensan y sienten hoy los jóvenes de treinta años, supuesto siempre, ¡claro está!, porque es un postulado ineludible, que piensen y sientan los jóvenes de treinta años de hoy. Y dado que piensan y sientan, han de pensar y sentir de alguna manera. El que un viejo no pueda pretender, así sin más ni más, tener conciencia de su juventud, se prueba por una especie de reducción al absurdo, pues si se tiene en cuenta que el principio de la juventud es la infancia, y el de ésta el nacimiento, cabe asegurar que aunque hayamos estado todos presentes a nuestro propio nacimiento, no puede en rigor decirse que fuéramos testigos de él.

Cuando se habla de viejos y de jóvenes suele hablarse también, refiriéndose a aquéllos, de lo que importa saber retirarse a tiempo. Esto equivale a tanto como decir que importa saber morir a

tiempo, y aquí la sabiduría popular nos sale al paso con aquello de que «para morir se siempre hay tiempo», sentencia que lleva implícita la de que no siempre hay tiempo para nacer.

Con esto se relaciona también aquello de lo difícil que es sustituir a tal o cual prestigioso personaje que está para pasar al descanso inacabable; pero yo encuentro que precisamente el que sea insustituible un sujeto es lo que aconseja que se le elimine. Cuando un hombre es insustituible es porque debe serlo, y el que lo sea sólo quiere decir dos cosas, que no cabe sustituirlo y a la vez que maldita la falta que hace. «Cada uno de los hombres es único e insustituible»; he aquí uno de mis mejores aforismos, y fundado en él y en la curiosa contradicción de que somos insustituibles y sin embargo conviene sustituirnos, fundo mis teorías al respecto. Porque un hombre, diga lo que quiera la famosa sentencia brahmánica que tanto gusto daba a Schopenhauer, un hombre no es otro hombre. Y además, la experiencia nos enseña que es más fácil hacer uno nuevo vivo que no resucitar a un muerto. Precisamente el progreso se debe, conforme indiqué, a que los hombres somos únicos e insustituibles y a que la muerte obliga a unos a salir de la vida, y el nacimiento les obliga a otros a entrar en ella, ocupando éstos

el lugar de aquéllos, pero no sustituyéndolos, que esto, a Dios gracias, es imposible. Y así vamos «de muerte a muerte, por vida y vida».

From death to death through life and life,

que dijo Tennyson. Mas no conviene entristecernos.

Tampoco me explico bien eso que oigo por ahí a la continua de que nos hace falta *un* hombre. ¡Parece mentira que se diga y se repita que nos hace falta *un* hombre en esta nuestra pobre España, en que no hay más que 36 por kilómetro cuadrado, cuando Bélgica tiene 229, 104 Alemania, 159 Holanda, 112 Italia, 130 Inglaterra y Francia 72! No uno, sino otros tantos como los que hay necesitábamos para tener siquiera tantos como Francia. Un hombre no nos tocaría más que a trece y media millonésimas por kilómetro cuadrado, y ¿qué hacíamos con eso? No, aquí no hace falta un hombre, sino lo que hace falta es que las madres no les den a los niños papas, sopas y otros engrudos cuando sólo tienen dos o tres semanas o dos meses, y hace falta que todos los españoles nos lavemos a diario con jabón y muchos además con estropajo. Nos hacen falta muchos hombres, y no uno solo, y hombres que sean otros.

A modo de descanso en el curso de mis traba-

josas reflexiones, voy a salir al paso al lector que vuelva a repetirme que todo esto son perogrulladas, diciéndole yo a mi vez que Colón se hizo tanto o más famoso que por haber descubierto la América por su celeberrimo huevo. Y prosigo.

Con estas filosóficas reflexiones que vengo exponiendo guarda íntimo enlace un curioso fenómeno social —o si se quiere sociológico— que se observa en nuestra España y que la hace el país de los meritorios y los jubilados con derechos pasivos.

Aquí, en ciertas capitales y entre cierta gente por lo menos, se levanta uno tarde y se acuesta más tarde aún, haciendo de la noche día y del día noche, y en consonancia con ello hemos adoptado la costumbre de nacer tarde y de morirnos más tarde aún. Quiero decir que nacemos tarde a la vida pública, como oncesinos, y que nos retiramos de ella más tarde aún. Entre escritores, por lo menos, puede afirmarse que cuando uno llega a la cima de su fama y renombre, hace tiempo que pasó de la culminación de su fuerza mental, y, en cambio, cuando está hecho una venerable ruina sigue el público rindiéndole derechos pasivos de admiración a las chocheas que se le ocurran. Y esto dicen que es porque nues-

tro público es tan tardo en recibir como en soltar, y yo supongo más bien que se debe a alguna peculiaridad demográfica en el modo de renovarse el personal de la nación. Me parece que es muy lenta la escala del público, y que viven demasiados años los hombres del cuarto y el quinto decenio.

Y aquí haré observar, refiriéndome a los escritores, y en relación con lo que precede, otro curioso fenómeno. Escribe usted en un diario o revista un trabajo verdaderamente notable, profundo, emocional, sensacional, ingenioso, ameno, o lo que fuere, y lo firma, y si es la primera vez que aparece en público el nombre de usted, no logrará hacerlo célebre, como en otros países ocurre, en que un solo artículo entroniza en la fama a un hombre aunque a los dos días se vea destronado de ella. Vuelve usted a escribir otro artículo igualmente notable y tampoco logra usted su objeto, que tratándose de un escritor su objeto es, por definición, hacerse famoso. A lo más dirán: «¡Juan Fernández, no escribe mal; es mozo que promete... unía esperanza...!» Y sigue usted haciendo artículos o ensayos que se hundan indefectiblemente en el olvido, y sobre el naufragio de ellos eleva usted la fama de su nombre, y llega día en que se dice: «¡Juan Fernández, ¡ah!

sí, una gloria nacional, un verdadero talento, un hombre de fuerza... una realidad!» Y los más de los que dicen esto, apenas han leído nada de usted ni le conocen sino de oídas, y los que le han leído no recuerdan lo que usted escribió. Ya es usted hijo de sus obras.

Y entonces constituye un negocio el que vuelva usted a sacar a luz esas sus obras olvidadas, que han sido los padres de su fama, y las prohije con su nombre y cubra la bandera la mercancía. Publica usted entonces aquel primer artículo y los que le siguieron, y los mismos que los tenían leídos y olvidados, se dicen al releerlos: «bien se ve aquí la mano de Juan Fernández». Y así resulta usted padre de sus obras. Y como antes ha sido usted hijo de ellas, viene a ser abuelo de sí mismo. A este fenómeno le llamaremos la auto-resurrección.

Obsérvese, además, que si bien se dice de muchos jóvenes que son una esperanza, rara vez se oye decir de un viejo que sea un recuerdo. Y no quiero meterme aquí en sutilísimas y muy agudas disquisiciones respecto a la esperanza y al recuerdo, y a las esperanzas de recuerdos y a los recuerdos de esperanzas. Sólo me limitaré a decir, parodiando una frase mía, que la realidad no es más que un esfuerzo del recuerdo por hacerse

esperanza, o un esfuerzo de la esperanza por convertirse en recuerdo.

Y volviendo a lo de la auto-resurrección, conviene protestar de un antiguo dicho decidero castellano que todavía corre y halla favor por ahí, y es lo de que «el buen paño en el arca se vende». Mentira parece que no se haya olvidado tal sentencia en esta época de anuncios, reclamos y viajantes de comercio. Podría ser verdad que el buen paño se vende, *a la larga*, en el arca, mas entre tanto se muere el pañero de hambre, *a la corta*. Semejante sentencia sólo pudo nacer y hallar crédito en un país y una época en que no se contara al tiempo como factor económico, ni se tuviera noción clara de lo que es el descuento sobre el porvenir; sólo pudo nacer y hallar crédito en el que llaman los ingleses *the land of mañana*, la tierra del mañana.

Y ahora en que el tiempo juega tanto papel en todas las transacciones económicas, ¿qué diríamos del descuento de la fama? Sobre esto del descuento de la fama, me propongo escribir un ensayo, y en él trataré de cómo ponemos nuestras obras a interés compuesto para crearnos una renta vitalicia de prestigio y renombre allá para la vejez.

Y a nadie debe extrañar que trate esto de la

fama y el renombre —en literatura, artes, ciencias, política, etc.—, como entidades económicas, porque el rasgo que observo como más saliente en nuestra juventud literaria, es una atroz *codicia* de prestigio. Tienen los más de nuestros jóvenes alma de usureros. Si se les ocurre un chiste, o una agudeza, o una metáfora, o eso que se llama un pensamiento, lo guardan cuidadosamente, por miedo a que se lo roben, hasta que lo puedan colocar a interés. Y andan a ver quién se descuida en dejar caer una peseta o un perro chico de ideas para recojerlos. Y no digamos nada de su afición al robo con asesinato.

Todo esto trae como consecuencia el que no se pueda censurar, sino con muchas rectificaciones, a quien se convierta en pregonero de su propia fama y jalee su mercancía.

Id donde uno de los hombres únicos e insustituibles que constituyen el grupo de los *relevantes*, o sea de los que dan tono a la actual sociedad española, grupo que hemos supuesto comprende a los que están entre los cuarenta y los sesenta años, y decidle que dentro de veinte años el joven X, que aún no ha cumplido los treinta, gozará de mucha más fama que el ilustre B, que anda por los sesenta, y os responderá: «es muy posible, porque el joven ese, que pro-

mete y es una esperanza, puede aún hacer cosas muy buenas.» Y le replicáis: «no, no es eso; el joven X eclipsará ante la posteridad la fama del ilustre B, no por lo que aquél ha de hacer, sino por lo que ha hecho ya, y aunque se muera hoy mismo; no es él quien tiene que vivir más, sino sus obras ya vivas.» «Pero ¿qué ha hecho ese mozo que merezca tanto?» os preguntará. «Pues no ha hecho —le diréis— más que tres cosas; pero esas tres cosas vivirán más que las trescientas del ilustre B.» Es inútil que sigáis queriendo convencerle, porque ese hombre relevante que se halla entre los cuarenta y los sesenta, no cree que nacen todos los años hombres diferentes de los que todos los años mueren y siguen viviendo. Yo no sé si cree que los hombres viven; pero estoy seguro de que no cree que viven sus obras. Y esto aunque sepa aquello de *habent sua fata libelli* y haya oído aquella notabilísima sentencia de Gounod: la posteridad es una superposición de minorías.

Hace poco se le ha ocurrido al director del popular semanario *Blanco y Negro* convertir a éste en laboratorio de psicología social, y a tal efecto ha promovido un curiosísimo concurso, preguntando a cada uno de sus lectores cuáles creen que los demás lectores tienen por el primer

político, el primer general, el primer literato, el primer músico, el primer pintor, el primer escultor y el primer torero de España. El resultado de la votación se presta a mil interesantes observaciones, y a no menos el hecho de que ese resultado habría sido diferente si el concurso se hubiera verificado hace seis meses, y será diferente si se verifica de nuevo dentro de seis.

Dejemos de lado el hecho de que es seguro que los más de los votantes no han visto un cuadro del pintor ni una escultura del escultor por quien votan. Ni falta que les hace, porque al ofrecer el aliciente de un premio a los que acertaran con la total candidatura triunfante, no se les preguntaba a quiénes creían ellos los primeros, sino quién cree cada uno que creen los demás ser el primero. Y es muy fácil que si se nos encierra a 50 conocidos y se nos pregunta a cada uno a quién de entre nosotros mismos tenemos por el más gracioso, obtendrá mayoría M, y si se nos pregunta quién creemos que pasa entre nosotros por el más gracioso, la obtendrá N. Lo cual quiere decir que nos equivocamos respecto al juicio de los demás. Los más de los votantes de *Blanco y Negro* no llegarán a treinta años, ni aun a veinte, porque esa ha sido una diversión casi infantil, y los más de ellos se han plantado al votar en los

cuarenta años cumplidos, han querido echárselas de relevantes, de hombres hechos y derechos. De otro modo no se explica que gentes que no han cumplido los treinta voten a Sagasta por el primer político. Y no porque el ilustre jefe de los liberales sea inferior a cualquier otro político español, sino porque para los españoles de menos de treinta años no es más que una figura puramente histórica, como puede serlo Espartero o Narváez o Bravo Murillo o el Conde-Duque de Olivares. Y esto lo comprenderá bien el mismo Sr. Sagasta, que tan viva y animada pintura hizo del progreso en aquel famosísimo y notabilísimo discurso que pronunció ante el Rey, en un Consejo, comparando nuestros tiempos de luz eléctrica con los antiguos en que se alumbraban con candilejas.

Voy a terminar estos prolegómenos ante el temor de que se me alarguen indefinidamente bajo la pluma, y para terminarlos diré que como quiera que lo que nos hace falta no es un hombre, sino muchos hombres nuevos, debemos los españoles todos aplicarnos a hacerlos y luego ellos se encargarán de empujar a los otros.

Claro está que todo hombre que nace es hom-

bre nuevo; pero nosotros los necesitamos no ya nuevos, sino más nuevos, novísimos, renovados. Y es el caso que el hombre si bien nace nuevo —es decir, distinto de los demás—, va perdiendo su novedad de día en día, y aquí sobre todo, y nos conviene que lejos de perderla la vaya acrecentando. Y ¿cómo se logra esto?

Hay una profunda sentencia filosófica que hace honor a sus autores, y que dice en latín: *nemo dat quod non habet*, y en castellano «nadie da lo que no tiene». Y de ella se deduce que no son los hombres usados los que pueden dar novedad a los nuevos. Los hombres que hemos perdido la novedad podemos hacer hombres nuevos con novedad originaria y natural, pero no podemos acrecentársela. Antes bien se la amenguamos.

El problema más grave en España es que hay que educar a los jóvenes para una vida nueva, y que no pueden educarles para ella los formados en la vida vieja. Y aquí sí que entra casi todo lo que vengo exponiendo. Y como es el problema complicadísimo, me parece lo más acertado dejarlo para mejor ocasión.

Diciembre de 1902.

EL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL

A PROPÓSITO DEL LIBRO DE MARTÍN
A. S. HUME, «THE SPANISH PEOPLE:
THEIR ORIGIN, GROWTH AND INFLUENCE»
LONDON, 1901.